

LA INDEPENDENCIA,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE POR PRIMERA VEZ EL DÍA 19
DE ENERO DE 1844.

PERSONAS.

ISABEL.
NICANORA.
AMPARO.
DON AGUSTIN.
JESUALDO.
DON JUAN.

UN SARGENTO.
EL ALCALDE.
UNA CRIADA.
ESCOPEteros.
LABRADORES.
SOLDADOS.

La acción pasa en una quinta, en el condado de Niebla. — Sala amueblada á la rústica; pero con elegancia y aseó. Puerta en el foro, que por la derecha del actor guía á la escalera y por la izquierda á las piezas interiores: otra puerta en los bastidores de la izquierda; otra y un balcon en los de la derecha.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, NICANORA.

Nic. ¡Ea, ya basta de lágrimas y sollozos y pucheros!

Isab. Pero ¿cómo quiere usted que no llore y me aflija cuando me obliga á alejarme de esta casa donde he nacido? Dios se llevó á mi madre pocos meses después de haber yo venido al mundo: mi padre murió tres años ha...

Nic. *Requiescant in pace* ambos á dos. A qué recordarme...? ¿Fui yo su médico por ventura?

Isab. ¿Qué hubiera sido de esta huérfana infeliz sin la caridad de nuestra buena señora, que en paz descanse?

Nic. ¡Dale con los mortuorios! Hoy no celebra la Iglesia la conmemoración de los difuntos.

Isab. Usted sabe muy bien, doña Nicanora, que el ama me trató siempre con el mayor cariño, y aunque hija de un humilde jardinero, cuidó de darme una educación esmerada.

Nic. ¡Así has salido tan vanidosilla y tan bachillera!

Isab. ¡Yo vanidosa! ¿Y en qué lo fundaría? ¿Me queda ya algun apoyo sobre la tierra? Yo esperaba que usted fuese mi protectora; usted, á quien el ama me recomendó...

Nic. Es verdad; pero mi primera obligación es complacer al nuevo dueño de esta quinta, al hermano y heredero de la di-

funta doña Dolores, el señor don Agustín de Cevallos. Le espero un día de estos...

Isab. ¿Teme usted acaso que me despida? ¿Podría ser tan inhumano...?

Nic. No es inhumano; pero, aunque joven todavía, pues podrá tener unos... treinta y cinco años, es hombre de costumbres muy severas...

Isab. ¡Qué! ¿mi permanencia en la quinta es incompatible con la severidad de sus costumbres? ¿Tan reprobables son las mías que...?

Nic. Todavía no.

Isab. ¡Todavía! Pues ¿cree usted...?

Nic. El diablo las carga. Tienes diez y siete primaveras; eres agraciada... No tanto como presumes...

Isab. ¿Quién le ha dicho á usted que yo presumo...?

Nic. Pero lo bastante para inquietarnos á él y á mí.

Isab. Yo no trato de inquietar á nadie.

Nic. No quiero yo decir con esto que tenga temores de que don Agustín se enamore de tu palmito. Eres tú poca persona para cautivar á un filósofo independiente, partidario acérrimo del celibato, por reflexión y por instinto. Pero probablemente no vendrá solo. Los criados madrileños son muy galopines, muy emprendedores. Es muy posible que alguno de ellos trate de seducirte, y á ti misma te conviene mudar de aires para evitar peligros y tentaciones.

Isab. No me tenga usted por tan frágil. Confíe usted más en mi virtud y en su vigilancia.

Nic. ¡Mi vigilancia! Harto tengo yo que hacer con el gobierno de la casa sin echarme encima la incumbencia de celarte. ¿Y por qué carga de agua? ¿Y qué hijo me has sacado tú de pila? ¿Pues eso faltaba! ¿Soy yo tu aya? ¿Tengo yo cara de dueña?

Isab. No se enfade usted... Yo no sueño como otras de mi edad con amorios y devaneos. Todos mis afectos se reconcentran en la memoria de mis padres y de mi benéfica protectora; todos mis galanes son las flores que cultivo y los pajarillos que alimento.

Nic. ¡Vaya, vaya!... ahorrémos discusiones impertinentes. Ya te he leído la cartilla. Yo sé lo que me hago, y aquí, hoy día de la fecha, nadie manda sino yo.

Isab. Pero ¿adónde iré, desdichada...?

Nic. No trato yo de que vayas perdida por esos mundos. Si tal hiciera tendría que dar cuenta á Dios de mi imprudencia. Ya te he buscado un acomodo.

Isab. ¿Dónde?

Nic. A pocas leguas de aquí: en la villa de Aracena. Irás á servir...

Isab. ¿A quién?

Nic. A mi señora doña Ceferina Policarpa de Alborno y Vahamonde, hidalga solariega, vástago de uno de los troncos más ilustres del condado de Niebla. Es una señora sola, muy morigerada, muy temerosa de Dios... Tiene setenta y cinco años.

Isab. ¡Dios mío!

Nic. Algo achacosa...

Isab. ¡Pobre de mí!

Nic. De los treinta días del mes pasa veinticuatro en la cama.

Isab. ¡Y yo tendré que asistirle...!

Nic. Claro está. — Pero no estarás sola. Además de la cocinera, que es su coetánea, vive con ella su mayordomo, excelente sujeto... Ese no es de la misma edad.

Isab. Pero...

Nic. El bueno de don Toribio ya raya en los ochenta.

Isab. ¡Virgen santa! Entre los tres cuentan dos siglos y medio; y yo voy á ser allí la enfermera de todos.

Nic. Cuando eso sea, llévalo por Dios y ganarás el cielo.

Isab. Del jardín al hospital; de las flores al romadizo y al histérico... ¡Qué horrible tránsito! Enfermaré del estómago y me moriré en cuatro días.

Nic. Desde allí buscas otra casa si no te hallas bien. — Aunque yo creo que has de estar perfectamente. Ganarás treinta reales de salario como aquí; y ¿quién sabe...? Si te portas como corresponde, quizá heredes algo de tu nueva señora cuando pase á mejor vida.

Isab. Yo no soy codiciosa. — Ni el salario me hace falta. Gracias á la generosidad de mi ama, estoy bien vestida y para mucho tiempo. Téngame usted solo por la comida...

Nic. ¡Nada! Ya has oído mi *ultimatum*. No gastemos pólvora en salvas, y anda á recoger tus pingos.

Isab. ¡Qué crueldad! Espere usted siquiera á que venga don Agustín, y si él dispone que me vaya, le obedeceré sin murmurar.

Nic. ¿Qué se entiende...? Yo tengo amplias facultades para hacer y deshacer en su ausencia cuanto se me antoje. Yo ejerzo aquí la potestad suprema, á manera de virey ó de nuncio apostólico.

Isab. ¡Bien está! Me iré...

Nic. Mira que antes de un cuarto de hora vendrá el arriero que te ha de conducir á Aracena.

Isab. Quede usted con Dios.

Nic. Espera, Isabelilla. Te abonaré los días que van corridos del mes. — Once reales...

Isab. No los quiero. Échelos usted en el cepillo de las ánimas.

Nic. ¡Pobre y soberbia!... Como gustes. — ¡Ah!, mira. Llévate si quieres un ramo de flores, ya que eres tan aficionada á ellas. Te lo permito.

Isab. ¡Eso sí! — Que usted lo pase bien. (¡Dios mio! ¿qué va á ser de mí?) (*Vase llorando por la derecha del foro.*)

ESCENA II.

NICANORA.

Si; hago muy bien en quitar de en medio á esa chicuela. A mí no me gusta su tipo, si he de decir la verdad; pero puede agradar á don Agustín. Diez y siete años, como dice el adagio, nunca son feos, y con esa monita y ese aire de gatita de Mari-ramos pudiera muy bien ganarse el afecto del amo con grave detrimento de mi autoridad. Sin rival tan peligrosa y ama de un solterón filósofo, no desconño de serlo en toda la extensión de la palabra. — Segun su última carta, pronto se pondrá en camino para visitar su herencia y tomar posesion de ella. Le regalaré, le mimaré, le adularé... Y ¿quién sabe...? Esos celibatos misántropos suelen caer en el garlito cuando menos lo piensan. La soledad de esta quinta, la frecuencia é intimidad de nuestro trato... ¡Qué diantre! De menos nos hizo Dios. Con el auxilio de la clara de huevo y el bermellon, todavía es de recibo esta cara...

Jes. (*Dentro.*) ¡Tia! ¡Tia!

Nic. Esa voz...

Jes. (*Mas cerca.*) ¡Tia!

Nic. Es mi sobrino Jesualdo. — Ya está aquí. (*Llega Jesualdo por el foro y abraza á Nicanora.*)

ESCENA III.

NICANORA, JESUALDO,

Jes. Venga un abrazo, tia.

Nic. ¿Qué aires te traen por acá? Yo no te esperaba hasta las vacaciones.

Jes. Yo las he anticipado de propio in-

tento y por una corazonada de las mias. No puedo vivir sin usted.

Nic. ¡Zalamero!

Jes. Al lado de usted estoy tan ricamente...

Nic. Lo creo; pero mas gusto me darias estudiando en Niebla. Allí te envié para que te hicieras hombre.

Jes. Pues lo soy. ¡Toma si lo soy! Mire usted si estoy recio y crecido; ¿eh? Me parece que mis diez y ocho años son bien aprovechados.

Nic. Si lo intelectual corresponde á lo físico, nada tengo que desear.

Jes. Ya; *intellectus apretatus*...

Nic. ¡Bien, hijo! ¡Ya hablas en latin!

Jes. Sí, señora. Un latin casero...

Nic. Aquel dómene de Niebla es todo un sabio, y no esperaba yo menos...

Jes. Yo le diré á usted. Él... Lo que es él...

Nic. Para servir la capellanía que heredaste el año pasado era indispensable que aprendieses latinidad y lo demás que se requiere á fin de ordenarte...

Jes. Cierto; pero ya era yo grande para eso, y todo lo que huele á orden me carga á mí de lo lindo.

Nic. ¿Qué dices?

Jes. Que á mí no me entra el latin, clarito; que me revienta el *cujuslibet* y el *uniuscujusque*, y que este cuerpo serrano no se eria para la sotana y el manto.

Nic. ¡Idiota..., pícaro, que me has de matar á pesadumbres!... ¡Holgazani!... ¿Por qué no quieres ser clérigo?

Jes. Porque siento yo otros arranques y otras..., así..., otras evoluciones... Si los curas se casasen...

Nic. ¿Cómo, bribon?...

Jes. Faldas por faldas, estoy por las de las mujeres.

Nic. ¡Jesus me valga! Alguna pecadora te habrá seducido...

Jes. ¡Algo de tienda! Como tengo yo este aquel y Dios me ha hecho tan macareno...

Nic. ¡Tonto!

Jes. Todo he salido á mi tia Nicanora.

Nic. Por fin, si son amores honestos y la agraciada es de buena sangre...

Jes. Dicen que es de la sangre azul, aunque yo no he visto la ejecutoria.

Nic. ¡Oiga! ¿Y es guapa?

Jes. Como unas natas... Es decir, lo habrá sido, porque ya está algo averiada. Es un garbo... pretérito y una hermosura de participio pasado.

Nic. ¿Mayor que tú, segun eso?

Jes. Lo menos me lleva veinte años.

Nic. No importa. Siendo rica y de buenas circunstancias...

Jes. ¿Que si es rica? Tiene muchas tierras de pan llevar y dos molinos.

Nic. Entonces, ya se le puede disimular algun defectillo...

Jes. ¡Pues! Y lo que yo digo; á falta de pan buenas son tortas. — Mire usted; yo no la quiero gran cosa; pero ella se muere por mis pedazos..., y me dejo querer; porque, como dijo el otro, cuando pasan rábanos...

¿Está usted?

Nic. No es preciso estar muy enamorado para casarse.

Jes. No; lo que es eso...

Nic. ¿Qué escucho? ¿Tratarás acaso de engañarla? ¿Pretendes abusar de su credulidad, de su flaqueza...?

Jes. Nada de eso; pero yo me entiendo y bailo solo y... Vamos; es imposible que yo sea su marido.

Nic. Pero ¿por qué?

Jes. ¡Toma! porque es casada.

Nic. ¡Maldito de cocer!... Ya podías haberme dicho antes. — Y si tenias ese lio en Niebla, ¿por qué has venido aquí, zanguango?

Jes. Por una camorra...

Nic. ¿Tambien quimerista? ¡Medrados estamos!

Jes. Ha habido alli la de San Quintín.

Nic. ¡Dios soberano!...

Jes. El marido... á la cuenta estaba escamado; y sin motivo, porque en honor de la verdad, salvo alguna guiñadura de ojo, tal cual apretón de mano y algun pellizco venial, esta es la hora en que solo hemos pecado por escrito. Pero es el caso que trasantayer, creyendo la individua que su marido estaba camino de Ayamonte, me dió una cita en su casa habitacion. A manera de mochuelo, aunque es mala comparanza, acudo al reclamo entre dos luces, y cate usted que, en igual de la prójima, tropezó con el prójimo. ¡Demonio de trabacuenta!... Figúrese usted cómo se quedaria ella, figúrese usted qué carita de pascua pondria él, y figúrese usted qué tripas tendria yo! — En fin, aquello remató como el rosario de la aurora. ¡María Santísima y cuánta leña! Luego escapé y él se quedó alli...

Nic. ¡Tendido á garrotazos, bañado en sangre..., acaso muerto!...

Jes. ¡Ca! ¡Si, sí!... Mis costillas fueron las que pagaron el pato.

Nic. ¿Ahor salimos con eso, zamacuco?

Jes. ¡Ay, tia Nicanora! ¡Me arrimó un pié de paliza!... Aun tengo los verdugones...

Nic. ¡Anda, cobarde!

Jes. ¿Qué quiere usted? El mismo delito... Yo tambien tenía garrote, pero... ¡me quitó la accion! y como estábamos á oscuras, por mor de no sacudir á la otra...

Nic. Calla, calla, que me avergüenzo de ser tu tia.

Jes. Pero; si yo...

Nic. ¡Calla! (¿Si habrá venido el arriero?) (*Se asoma al balcon.*) (Si; abajo está. Ya ha puesto las jamugas.)

Jes. ¿Qué mira usted, tia?

Nic. Lo que á tí no te importa. (Ya sale Isabel. — ¡Vuelta al lloriqueo! Me corrompe tanta sensibilidad.)

Jes. No; pues yo he de ver... (*Asomándose.*) ¡Canario, qué buena hembra! ¡Huy! De los cielos celeste, particular.

Nic. ¡Aparta de aquí, embeleco!

Jes. El arriero la sube en brazos... ¡Dichoso arriero y bienaventurado borrico!

Nic. (Se despide llorando la gazmoña...) (*Gritando.*) ¡Buen viaje!

Jes. ¡Ay, si fuera yo á las ancas!...

Nic. Ya he dicho que te quites de aquí. ¡Haya mostrenco! (*Le separa dándole un empellon, y cierra las vidrieras.*)

Jes. (¡Vaya una tia indigesta!)

Nic. Ya se va, gracias á Dios.

Jes. ¿Quién es esa zagaleja?

Nic. La hija del jardinero.

Jes. ¿Aquella chiquilla delgaducha y esmirriada...? ¡Válgame Dios y cómo se ha esponjado en poco tiempo! ¡Cuidado si está chupena y... comestible!

Nic. Vaya, chico, no hay que pasearse por el jardín de los asnos. Ni esa moza se peina para tí, ni volverás á verla en los días de tu vida.

Jes. ¡Caramba! lo siento, porque me parece que habíamos de hacer los dos buenas migas.

Nic. Calla... Un coche... ¿Si será...?

Jes. Me parece que ha parado á la puerta de la quinta.

Nic. (*Abriendo otra vez el balcon y asomándose.*) Si, es el amo; es don Agustín. Aunque hace años que no le veo, no se me ha despintado. (Afortunadamente, ya ha marchado Isabel, y por diferente camino.)

Jes. Ya se apea.

Nic. (*A voces y agitando el pañuelo.*) ¡Bien venido! ¡Bien venido! — No le esperaba yo tan pronto... Salgamos á recibirle, y cuidado con decir alguna cerrilada.

Jes. ¡Bá! ¡Cerrillada! Aunque viniese yo de arar...

ESCENA IV.

DON AGUSTIN, NICANORA, JESUALDO.

Agust. ¡Nicanora!

Nic. (Abrazándole.) ¡Amo de mi alma! ¡Qué gordo viene usted y qué rozagante y qué...! ¡Otro abrazo!

Jes. Pido vez, que yo también soy de casa.

Nic. Mi sobrino Jesualdo.

Agust. Sea en hora buena.

Jes. Servidor de su mercé y de las ánimas benditas. (Abrazándole.) ¡Por vida del chapiro verde...! ¡Apriete usted!

Agust. (Desviándole.) Basta. Yo agradezco...

Nic. ¿Viene usted bueno? ¿No ha habido vuelco, ni ladrones, ni...?

Agust. No, gracias á Dios.

Nic. ¡Qué contenta estoy de ver á usted! Hoy se me quitan diez años de encima.

Agust. Gracias. No dudo...

Nic. ¡Es tanta la ley que tengo á la familia...!

Agust. Lo creo. (Viene un mozo con una maleta y una sombrerera.)

Nic. (Indicando al mozo la habitación de la izquierda.) Allí. — Vamos, si hoy no me vuelvo loca... Acerca esa silla. (Entra el mozo en la habitación indicada, acerca una silla Jesualdo y se sienta don Agustín.)

Agust. (Me parece que esta mujer es demasiado zalamera.)

Nic. Con que ¿viene usted á vivir aquí de asiento?

Agust. Veremos... Si me va bien; si me prueba el clima... (Vuelve el mozo de vacío y se retira.)

Jes. ¿No le ha de probar á usted si esta es la tierra de María Santísima?

Nic. ¡Oh! si; aquí será usted dichoso lejos del tumulto y de la perversidad de la corte. Todos nos esmeraremos en complacer á nuestro buen amo. Hallará usted la quinta hecha una ascua de oro. No valga que yo lo diga, pero si hay otra mujer más fiel y más gobernosa...

Jes. ¡Y qué manos para hacer un guiso de almejas y aviar un gazpacho! ¡Oh! mi tía es toda una mujer. Créame usted á mí. Yo salgo por ella.

Agust. No hay necesidad... (Este sandio me divierte.)

Jes. No tiene mas que una falta.

Nic. ¿Cómo?...

Agust. ¿Cuál?

Jes. Ese empeño en que yo he de aprender los nominativos y los gerundios.

Agust. ¡Oiga! ¡Ya estudias gramática! ¿Cuántos años tienes?

Jes. Diez y ocho he cumplido en estas yerbas.

Agust. Pues estás adelantado.

Jes. Desde que se me curaron las cuartanas he dado un estiron... En cuanto á gramática, ni Cristo pasó de la cruz ni yo del *quis vel qui*.

Nic. ¡Hum!... ¿No callarás?

Agust. Déjele usted...

Jes. Erre que erre mi tía en que he de ser cura, pero hablando en plata, á mi no me llama Dios por ese camino.

Agust. Ya, ya lo veo.

Jes. Y no habiendo de cantar misa, ¿para qué diablos he de estudiar yo esa jergonza?

Agust. Tiene razón. Un poco tarde le ha dedicado usted al estudio, Nicanora. Ya es duro Pedro para cabrero.

Nic. Heredó el año pasado una capellanía... Yo no tengo la culpa de que haya tardado tanto en morir el último poseedor.

Jes. ¡Buena capellanía! Cincuenta ducados de renta... Para poca salud...

Agust. Mejor será que le ponga usted á un oficio...

Jes. ¿Oficio? No, señor; que aunque pobre soy hijodalgo.

Agust. ¡Oh! Pues no es cosa de mancillar los timbres de tu linaje. — Vámonos; tú querrás ser militar...

Jes. ¡Em!... Tampoco tengo yo afición al chopo; maldita.

Agust. Bien; si tienes hacienda de qué vivir...

Jes. ¿Yo? Naita de Dios. Mi tía me mantiene.

Agust. Pues ¿qué diablos quieres hacer de tu persona? ¿Para qué piensas tú servir en el mundo?

Jes. ¡Toma! para empleado. A mí me han dicho que para eso cualquiera es bueno.

Agust. Si; á lo menos para cobrar el sueldo. — Esa es una verdad que en España ya no necesita demostración.

Jes. Usted que tendrá amigos en Madrid, me puede recomendar...

Agust. ¿Yo? (¡Donosa ocurrencia!) Si; estoy en eso.

Jes. Yo me contento con cualquier cosa; una plaza de guarda, ó de intendente...

Agust. Bien; dejemos ahora... (¡Qué bruto! No pierdo la esperanza de oírle rebuznar.)

Nic. Jesualdo es así... sencillote... Pero si usted le protege y le desasna...

Agust. ¡Sí; á eso he venido yo expresamente de Madrid!

Nic. (En voz baja á Jesualdo.) ¿Ves? Ya se enfada.

Agust. (En voz baja á Nicanora.) Mas fácil sería domesticar á un jabalí.

Nic. ¡Pues ya!... No lo decía yo por tanto... Vaya; ¿no quiere usted tomar alguna cosa?

Agust. Ahora nada. Lo que quiero es quitarme este polvo... , lavarme. (Se levanta.)

Nic. ¡Jesus! Al momento. (Mostrando la puerta de la izquierda.) Entre usted... Esa habitación es la que tenía preparada; la mejor y la mas alegre...

Agust. Bien, bien.

Nic. Hallará usted todo lo que necesite; agua, tohalla...

Agust. Basta.

Nic. ¿Quiere usted que le ayude...?

Agust. No hay necesidad.

ESCENA V.

NICANORA, JESUALDO.

Nic. ¡Que hayas de ser tan parlanchin y tan pollino!

Jes. ¡Vaya! Pues ¿qué he hecho yo para que me requiebre usted de esa manera?

Nic. ¿Qué has hecho? Entregar la carta al instante y enseñar la punta de la oreja.

Jes. Diga usted que su comidilla es echar sermones y gruñir... Diga usted que me ha cobrado tirria y murria y mala voluntad.

Nic. Nada de eso; pero has dicho tantas tontunas...

Jes. ¡Pues! Y si hubiera llamado me llamaría usted soso, cazurro y estafermo. ¡Nunca ha de acertar uno...!

Nic. En boca cerrada no entran moscas. Jes. Dígole á usted, tía, que si no fuera usted mi tía...

Nic. ¿Eh?

Jes. (¡Cuidado con la tía!)

Nic. ¿Qué ibas á decir, galopin?

Jes. Nada, tía; pero si ahora tiene usted razón, que me la claven en la frente y venga Dios y lo vea.

Nic. Tengo razón que me sobra. Tus necedades han puesto de mal humor á don Agustín.

Jes. Al contrario; yo creo que me ha cobrado ya un cariño horroroso. ¿No vio usted cómo se reía?

Nic. Al principio, sí; pero luego se fastidió soberanamente.

Jes. ¡Eh! cavilaciones de usted. El hombre viene, á la cuenta, molido y trasnochado, y no hay que extrañar...

Nic. Sin embargo, te aconsejo que con él midas mucho tus palabras y que procures ganarte su voluntad...

Jes. Descuide usted. Yo le bailaré el agua; yo sabré camelarle... ¡Pues si á servicial y á don de gentes no me gana á mí nadie! Verá usted... ¡Ah qué idea! ¡Soberbia idea! Voy corriendo... Usted me dará luego las gracias.

Nic. ¡Espera! ¿Adónde vas?

Jes. Ya lo verá usted. Vuelvo pronto.

Nic. Pero dime...

Jes. Nada; ni con un pujavante me aranca usted mi secreto. Quiero sorprenderle, y á usted también. Adios. (Vase corriendo por la derecha del foro.)

ESCENA VI.

NICANORA.

¡Oye! ¡Jesualdo!... ¡Échale un nudo á la cola! ¿Qué proyecto será el suyo? ¡Íra tal vez á la huerta á coger naranjas para...!

ESCENA VII.

DON AGUSTIN, NICANORA.

Agust. Nicanora.

Nic. ¡Señor!

Agust. Siéntese usted y hablaremos un rato de negocios domésticos. (Se sientan.) Mi administrador principal, que reside en Sevilla y hace poco que ha visitado estas posesiones, me da muy buenos informes de usted.

Nic. (Ya lo creo; como que somos uña y

carne.) Aunque yo no deba decirlo, don Tadeo me hace justicia.

Agust. También mi hermana Dolores se hacia lenguas ponderando las buenas cualidades de usted, y yo mismo cuando estuve por aquí el año de catorce tuve ocasion de reconocer en usted una excelente ama de gobierno.

Nic. Señor, usted me favorece demasiado...

Agust. Así, pues, cuando ocurrió el fallecimiento de mi hermana, de cuya pérdida nunca me consolaré...

Nic. ¡Ah! ni yo. ¡Qué señora aquella! Era una santa.

Agust. Hice de usted la misma confianza que ella había hecho, y espero no tener que arrepentirme nunca...

Nic. Sé mi obligación y me atrevo á asegurar que no habrá quien la cumpla mejor en los cuatro reinos de Andalucía.

Agust. No dudó que se llevará usted bien con mi ayuda de cámara, que llegará un día de estos con el equipaje.

Nic. Pierda usted cuidado. Yo respetaré sus funciones..., siempre que él no invada mi jurisdiccion.

Agust. Por supuesto; y en cuanto al mayordomo...

Nic. ¡Cielos! Señor don Agustín, mayordomo y ama de llaves son incompatibles. Si ha de venir ese... funcionario, yo estoy aquí de sobra.

Agust. Tranquilícese usted. Iba á decir que quedará al cuidado de mi casa de Madrid, porque supongo que en esta no me hará falta.

Nic. Ninguna. ¡Un fiscal! ¡Dios nos libre!

Agust. Diga usted: ¿y aquella chica...; la hija del jardinero?

Nic. ¡Maldito! ¡Qué memoria tiene!

Agust. ¿Cómo no se me ha presentado? Sé que mi hermana la quería mucho, y eso basta para que yo la considere digna de mi proteccion.

Nic. ¡Oh! no eran vanos mis temores.)

Agust. Ya estará hecha una mujer.

Nic. ¡Demasiado!

Agust. ¿Cómo?...

Nic. Quiero decir... Es mujer y no es mujer, porque no sirve para nada. Holgazana, torpe, calavera...

Agust. Temo que la juzgue usted con demasiada severidad. Otras noticias tenia yo... Llámela usted.

Nic. ¡Qué, señor, si se ha marchado de casa!

Agust. ¿Qué dice usted? ¿Y adónde?

Nic. A un pueblo... No sé cuál. Ella ha dicho que va á servir...

Agust. ¿Es posible? Pues ¿tan mal se hallaba aquí?

Nic. Al contrario; estaba como el pez en el agua; pero le ha dado esa ventolera y no ha habido fuerzas humanas...

Agust. ¡Qué locura!

Nic. Sin duda no era de su gusto la prudente sujecion en que yo la tenía, y enamorada de algun barbilampiño... Estas muchachas de hoy día son tan casquivanas y resueltas...

Agust. ¡Válgate Dios!...

Nic. ¿Y qué le hemos de hacer? El que bien tiene y mal escoge... Vaya bendita de Jesús. Así nos ahorra cuidados y...

Agust. Tiene usted razon. Pero ¿quién hubiera creído...?

Nic. (Con un grito involuntario.) ¡Ah! (Aparece Isabel en el foro con un ramo de flores. Nicanora se levanta.)

ESCENA VIII.

DON AGUSTIN, NICANORA, ISABEL.

Agust. ¿Qué le ha dado á usted?

Isab. (A la puerta.) ¡Señor!...

Agust. ¡Ah!... ¿Quién eres, niña?

Isab. Isabel la jardinera, muy servidora de usted.

Agust. ¿Cómo es esto? Pues ¿no me había usted dicho...?

Nic. Yo le diré á usted... Ella... Yo... (Estoy sofocada.)

Agust. (A Isabel.) Adelante.

Isab. (Adelantándose.) Señor, perdone usted que me atreva... Yo...

Agust. Habla; no te turbes. ¡Qué linda muchacha!

Isab. Al partir para Aracena me dejé olvidado este ramo de flores...

Agust. Bien; prosigue.

Isab. A pocos pasos de la quinta lo eché de menos. Volviendo á recogerlo, he sabido la llegada de usted; y ya que no me es permitido prestarle otro servicio, me atrevo á dar á usted mi parabien por su feliz viaje y á presentarle, por despedida, estas flores cultivadas por mis manos.

Agust. (Tomando el ramo, que pone luego sobre una mesa.) Gracias, hija mia.

Nic. ¡Hija mia!... A mi me va á dar algo.)

Agust. (Me cautiva esa modestia.... ¿Será hipocresía?... Parece que vuelves arrepentida..., y lo celebro; que, en verdad, has procedido con ligereza, con ingratitud.)

Isab. ¡Yo, señor!... (Nicanora en actitud suplicante y colocada detrás de don Agustín, hace señas á Isabel para que no la acuse.)

Agust. ¿Qué motivo tenías para empeñarte en huir de esta casa?

Isab. ¡Huir yo de una casa donde tanto bien me han hecho! No, señor. Me despidió doña Nicanora...

Agust. ¿Qué oigo?... ¿A quién de las dos he de creer?

Nic. (En voz baja á Isabel.) ¡Por Dios...!

Isab. Sí; me despidió, pero... tal vez no le faltó razon para ello. Tuvimos una reyerta, y acaso... se me escaparía alguna contestacion poco respetuosa...

Nic. ¡Respiro!

Isab. Excuse usted en ella el exceso de su celo, y en mi los pocos años.

Agust. ¡Qué dulzura! ¡Qué bondad! Es un ángel.)

Nic. Con efecto, una y otra necesitamos de la indulgencia de usted...

Agust. Basta. Olvidese todo... Te quedarás en casa, si quieres.

Isab. ¿No he de querer? ¡Qué alegría! Voy ahora mismo, con permiso de usted, á despedir al arriero.

Agust. ¡Pobrecilla!... Era una victima.)

Isab. (En voz baja á Nicanora, yéndose por el foro.) Ya ve usted que no soy rencorosa.

ESCENA IX.

DON AGUSTIN, NICANORA.

Agust. ¡Señora Nicanora!

Nic. ¡Malo! Me apea el don... He caido de su gracia.)

Agust. Me parece que usted no mira con buenos ojos á esa criatura.

Nic. Nada de eso. ¡Si la quiero tanto...! Pero..., lo que ella misma ha dicho, el exceso de mi celo... Ahora veo que me habian dado malos informes...

Agust. Habiendo oido á usted y á ella, no puedo ya dudar de su inocencia. Usted la acusó sin piedad; ó por mejor decir, usted

la calumnió; ¡y ella, aunque agraviada, la ha disculpado á usted!

Nic. Confieso que ese rasgo de virtud me confunde. Chismosos, que nunca faltan, la habian malquistado conmigo; pero yo prometo á usted que en adelante...

Agust. Está bien. Tenga usted entendido que yo acojo á esa huérfana bajo mi amparo.

Nic. La miraré de hoy mas con ojos de madre. ¡Quien fuera basilisco!

Agust. Ya le diré yo tambien que no arme disputas con usted. Quiero que entre todos mis criados reine la mayor armonía. Yo gusto mucho de la paz, del sosiego, de la quietud, y por eso me he venido á vivir en el campo.

Nic. ¡Sabio pensamiento! Aquí tendrá usted una vida de patriarca. Libre como el pájaro, independiente como el aire; sin vecinos molestos, sin ruido, sin... (Suenan tiros.) ¡Jesucristo!

Agust. (Levantándose.) ¿Qué es esto? Ladrones tal vez..., foragidos...

Nic. No sé... ¡Ay! me pueden ahogar con un cabello.)

Agust. (Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.) Mis pistolas... Les venderé cara la vida...

Voces. (Dentro, sin cesar los tiros.) ¡Viva don Agustín!

Nic. ¡Quieto, quieto! ¡Si le están á usted victoreando!

Agust. ¿Cómo?...

Voces. ¡Viva el señor amo!

Nic. ¿Oye usted?

Voces. ¡Viva! ¡Viva!

ESCENA X.

DON AGUSTIN, NICANORA, JESUALDO, ISABEL.

Isab. No se asuste usted. Son los mocos de labranza que vienen á saludarle...

Agust. ¿A tiros? ¡Qué barbaridad! (Cesan los tiros.)

Jes. (Entrando.) ¡Viva!—¿Qué le ha parecido á usted el fuego graneado; eh? Pues luego... ¡Ah! Ya está de vuelta Isabelilla. (Saludándola.) Me recopiló agreste... (A don Agustín.) Pues, señor, á mi me debe usted ese agasajo.

Agust. ¿Si? Gracias. No esperaba yo menos...

Nic. ¡Bien, chico; te has portado! Ya

ve usted que mi Jesualdo sabe ser obsesivo...

Agust. Reniego yo de semejantes obsesivos y de quien me los hace.

Voces. (Dentro.) ¡Viva don Agustín!
¡Viva!

Nic. ¡Ah! con que ¿usted...? Pues yo creía...

Agust. ¿Es esta la tranquilidad que yo buscaba?...

Nic. (A Jesualdo.) Tiene razón. Venir ahora con ese estrépito... Los vivos, pase; pero los escopetazos...

Agust. Ni uno ni otro.

Jes. ¿Toma! ¿Con que en igual de...?

Nic. ¡Calla!

Voces. ¡Viva don Agustín!

Agust. ¡No acabarán...!

Nic. Deje usted: yo les diré á esos ganosos por el balcon...

Agust. ¡No! Esté usted quieta. Ellos no tienen la culpa... (Dando dinero á Isabel.) Toma, niña. Dale eso para que beban á mi salud y díles de mi parte que me hagan el gusto de retirarse; que estoy delicado y necesito descansar.

Isab. Bien, bien. Voy corriendo.

ESCENA XI.

Don AGUSTIN, NICANORA, JESUALDO.

(Siguen en la calle los vivos y la algarazara.)

Nic. ¿A qué hora quiere usted comer?

Agust. A las tres.

Nic. ¿Y qué le apetece á usted...?

Agust. Cualquier cosa.

Nic. ¿Le gustan á usted las...?

Agust. Lo que me gusta ahora es que me dejen ustedes en paz y solo.

Nic. Vamos, vamos...

Jes. (A su tía yéndose.) ¡El demonio del...!

Nic. ¡Calla!

ESCENA XII.

Don AGUSTIN.

Mucho temo haber errado mis cálculos... (Suena otro tiro.) ¿Qué tal; eh? ¡La in-

dependencia!... (Al entrar en su cuarto don Agustín se repiten los vivos y suena una descarga.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

JESUALDO.

(Aparece sentado á una mesa de escritorio. — Habrá otra con mantel extendido y dos cubiertos, y un velador con algunos platos.)

Si esta carta no ablanda su corazón digo que es de piedra herroqueña. Una vez que mi tía me aconseja que haga la rueda á Isabel, desde que ha barruntado que es el ojo derecho de don Agustín, no te hagas de pencias, Jesualdo. Ya la he dicho dos ó tres piropos de refilon, y así me ha hecho ella caso como por los cerros de Ubeda. No estante, volveremos á la carga, que pobre mendrugo...; digo, pobre importuno... Apelemos á las cartas... Mi fuerte es la escritura. (Repasando una carta que acaba de escribir.) — «Eem... Eem... Eem...» ¡De perlas! — «Uum... Uum...» ¡Guapo! — «Eem...» No cabe mas. Ni el domine la hubiera notado mejor. — Firmaré. (Escribiendo.) «Jesualdo Corvejón.» — Doble la esquila... (Lo hace.) Planto el sobrescrito. (Escribiendo.) «A Isabel Díaz.» (Se levanta.) ¡Listo! A la primera... conjetura que se me presente... ¡Ah! Ella sube. Guardo el documento.

ESCENA II.

ISABEL, JESUALDO.

(Isabel trae una cesta con platos, vasos, etc., para acabar de cubrir la mesa.)

Jes. ¡Salud, reina mía! ¿Quiere usted que eche una mano?

Isab. Gracias. No es menester. (Va colocando el servicio de mesa.)

Jes. ¡Huy! No vasos del tabaque, sino piedras del río sacara yo con los piños si te diese á ti la humorada de mandármelo, cuerpo bueno.

Isab. Yo no necesito criados. (Pues ¿no ha dado en perseguirme este moscardón?)

Jes. Es que sería mucha lástima que esas manecitas de... (Va á tomarle una y recibe un bofetón.)

Isab. ¡Quite allá!...

Jes. ¡Ay!... ¡Desgradecida! ¡Vaya un sopapo de mi flor!

Isab. ¡Haya mastuerzo, insolente...!

Jes. Vaya, hija, no te amohines. Era una broma...

Isab. Yo no gusto de esas bromas, ni le he dado á usted pié para ellas. ¿En qué pesebre hemos comido juntos?

Jes. ¡Ba! no riñamos. Otra vez será. Ya caerás de tu asno. ¡Sobre que me has de querer al fin y al postre!... (Poniendo la carta en la cesta sin verlo Isabel.) (Dejo aquí el recado y tomo el tole.) ¡Adios, cara de rosa! ¡Vaya un modo de santiguar!

ESCENA III.

ISABEL.

El tal Jesualdo es el mayor cernicalo... Sentiré verme en la precisión de decir á su tía que le ponga trabas. — Acabemos de... ¿Qué veo? Una carta en la cesta... (La toma y lee el sobre.) ¡Es para mí! ¿Quién...? ¿Será suya...? ¡Bien por Dios! Me ha tomado por su cuenta... Veamos las sandeces que me escribe... ¡No! Le hago demasiado favor en leer la carta y podrá presumir... Se la volveré sin abrirla... ¡Ah!

ESCENA IV.

ISABEL, Don AGUSTIN.

Agust. ¡Hola, Isabel!... ¿Es para mí esa carta?

Isab. (Ya la ha visto. Le diré la verdad.) No, señor; es para mí, si el sobre no está equivocado.

Agust. ¡Oiga! ¿Con quién te carteaas tú?

Isab. Con nadie de este mundo. Esta es la primera carta en que leo mi nombre.

Agust. Será de algún amante...

Isab. Sospecho que sí.

Agust. ¿Cómo?...

Isab. Si puede amar semejante avestruz.

Agust. ¿Luego ya tienes algun antecedente...? ¿Quién piensas tú que sea el autor...?

Isab. Jesualdo.

Agust. ¡Ese gánapiro!

Isab. Ha dado en decirme chicleos...

Agust. Que tal vez no te habrán disgustado.

Isab. Usted lo va á ver. (Va á romper la carta y don Agustín la detiene.)

Agust. ¡No! ¿Qué haces? Quisiera ver el estilo epistolar de ese mancebo. Dámela...

Isab. Tome usted. (Se la da.)

Agust. (Abriéndola.) (Si le amara Isabel no sería tan dócil.) Leamos.

(Lee.) «Mi mas estimada y sandanguera Isabel Díaz: despues de preguntarte por tu salud y demás con todo el respeto y contumelia que pide la usanza y manda la bula, paso á decirte que desde el momento y hora en que te columbré tan lozana y tan de rechupete, tus ojos me han hecho tilin y tu labia y tu intringulis me tienen descoyuntado. Así te lo especulizo de mi mano y puño, pues te aconsejo que te camelo con buen fin; y con esto no te canso mas, y Dios te guarde, y perdona la mala letra, los años de mi deseo, como lo desea con suspiros de azúcar y canela este desafortado espíritu q. b. t. m. y es por mar y tierra de todo corazón

JESUALDO CORVEJÓN.»

No ha nacido de madres un bribonzuelo mas necio y mas atrevido. Yo le aseguro...

Isab. No se irrite usted, señor don Agustín, que eso es dar importancia á un tonto que no la merece; antes debe usted reirse como yo de la graciosa carta que me ha escrito.

Agust. No es cosa de risa la temeridad con que se atreve á poner los ojos en tí. Pues ¡es cierto que estarías bien empleada...! Vé á decirle que venga aquí al momento; que yo le llamo.

Isab. Por Dios, no le diga usted nada. Va á pensar que yo soy una chismosa...; y á fe que, á no ser por la necesidad de justificarme, nada sabría usted...

Agust. Gastar contemplaciones con ese picaro es echar margaritas á puercos. Haz lo que te digo, ó creeré que no me has hablado con sinceridad.